

La muerte en Lima en los albores del romanticismo: 1830 – 1860

César Cortez Mosquera

Pontificia Universidad Católica del Perú
jcortez@pucp.edu.co

Resumen

A mediados del siglo XIX, la influencia romántica en Lima fue evidente. De los nuevos gustos y sensibilidades que introdujo el movimiento romántico entre las elites, nació una expresión distinta en torno a la muerte (ajena). Para los románticos limeños, la muerte era la injusta imposición de un orden natural y divino, que estuvieron poco dispuestos a aceptar con resignación. Esta nueva forma de intolerancia ante la muerte encontró en la prensa escrita un espacio ideal para expresarse (y compartirse) en un plano de grupo, como una forma de mitigar el dolor. A este respecto, las necrologías y las coronas fúnebres (escritas en prosa y en verso) publicadas en los diarios capitalinos, cumplieron un papel determinante, ya sea en el mantenimiento del recuerdo (prolongación de la vida) o en la construcción de paradigmas (cívicos y cristianos) socialmente aceptados.

Palabras clave: Romanticismo, muerte, prensa, Lima.

Abstract

During the mid nineteenth century, the Romanticist influence was evident. From the new tastes and sensibilities introduced by the Romanticist movement amid the elites, was born a new expression towards (another's) death. To the romantics of Lima, death was the unjust imposition of a natural and divine order, and they were hardly willing to accept it with resignation. This new form of intolerance towards death found in newspapers an ideal space to express itself (and to be shared) in a group media, as a way to mitigate the pain. In this respect, necrologies (obituaries) and funeral wreaths (written in prose and verse) published in the capital's newspapers fulfilled a vital role, be it in the keeping of memory (prolongation of life) or be it in the construction of socially accepted paradigms (civic or Christian).

Keywords: Romanticism, death, newspapers, Lima.

Fecha de recepción: 29 de julio de 2015

Fecha de aprobación: 14 de septiembre de 2015

Introducción

“La preocupación del hombre por la muerte ha absorbido una cantidad significativa de energía psíquica y de rendimiento económico en occidente desde el inicio de la era cristiana”.¹ Esto se debe, en buena parte, a los misterios que esta encierra y a la curiosidad del hombre por descubrirlos, seducción a la que la historia no ha podido resistirse. En realidad, aunque a menudo no reparamos en ello, para el historiador, la muerte ha sido desde siempre un tema primordial, presente en su acostumbrada tarea cotidiana de lidiar con lo muerto, con lo ya ido, con lo que ha dejado de existir.²

En el Perú, las grandes transformaciones vinculadas con la experiencia de la muerte tuvieron lugar a fines del periodo colonial debido, en buena parte, al proyecto ilustrado que impulsó la construcción del Cementerio General de Lima como el nuevo espacio para los muertos, hasta ese momento enterrados bajo las iglesias.³

Según ha demostrado Carlota Casalino,⁴ con la modificación paulatina de las costumbres funerarias y el establecimiento de un espacio individual y percedero para el descanso de los muertos, se inició en Lima un conjunto de manifestaciones públicas de añoranza y ausencia del otro; una nueva intolerancia a la separación entre familiares y amigos se desencadenó entre los limeños.

En efecto, desde fines de la década de 1840 es posible apreciar entre las familias limeñas mejor acomodadas, una tendencia creciente al uso de los diarios como medio para compartir públicamente su pesar por la muerte de sus seres queridos. Manifestaciones de este tipo, que se valieron de la prensa escrita como

1 Stone, Lawrence. *El pasado y el presente*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), p. 273.

2 Cruz de Amenábar, Isabel. *La muerte transfiguración de la vida*. (Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile 1998) p. 25.

3 Sobre la experiencia de la muerte anterior a la construcción del Cementerio General de Lima revisar: Barriga Calle, Irma. “La experiencia de la muerte en Lima. Siglo XVII”. En: Revista Apuntes 31. Segundo semestre. Lima. Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú – Universidad del Pacífico, (1992) pp. 81 – 101.

4 Casalino Sen, Carlota. *La muerte en Lima en el Siglo XIX: una aproximación demográfica, política, social y cultural*. (Tesis para optar el grado de magister en historia en la PUCP. Lima, 1999)

un espacio público y moderno, permitieron a los limeños asumir la *muerte ajena*⁵ en un plano de grupo⁶, mitigando así el dolor provocado por la pérdida de un familiar o ser querido. En tal sentido, a pesar del quiebre ineludible que significó la muerte para la sociedad, esta rescató la trascendencia de las personas a través del recuerdo, lo que le confirió a los muertos una especie de inmortalidad, posible desde el establecimiento del cementerio como el espacio definitivo para los muertos. Así pues, la obligatoriedad del cementerio favoreció a la postre la singularización de los muertos (dispuestos ahora en nichos, tumbas, mausoleos) potenciando a su vez su recuerdo⁷. Adicionalmente, a fines de la década de 1840, Lima caía rendida ante el influjo del movimiento romántico, a partir del cual la muerte fue asumida como un acontecimiento extraordinario, digno de exaltación y de exposición pública, experiencia que encontró en los diarios un espacio inmejorable para su desarrollo y propagación.

El presente trabajo tratará de aproximarse a la imagen de la muerte ajena en Lima a mediados del siglo XIX. Para ello, la atención se centrará en las expresiones necrológicas aparecidas en la prensa escrita limeña entre 1830 y 1860, con el objetivo

5 El historiador francés Philippe Ariès introdujo el concepto de muerte ajena, para referirse a las actitudes ante la muerte desarrolladas en occidente, a partir del siglo XVIII. Ariès explica que a partir del siglo XVIII se produce una ruptura en las actitudes del hombre frente a la muerte, una nueva pasión se apodera de los asistentes, la emoción los agita, lloran, rezan, gesticulan espontáneos, inspirados por un dolor apasionado, único en su género. Surge de este modo el miedo a la muerte, pero no a la muerte en sí misma, sino más bien a la *muerte del otro*, es decir, a la *muerte ajena*. Ariès, Philippe. *La muerte en occidente*. Primera edición. (Madrid: Argos Vergara, 1982) pp. 45, 48, 49, 50.

6 Thomas, Louis-Vincent. *Antropología de la muerte*. (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1983) (Edición original: *Anthropologie de la mort*. Paris: Payot, 1975), p. 50. Thomas le confiere un papel trascendental al mantenimiento del recuerdo de los hombres más allá de la muerte, como una forma de trascender en el tiempo, mecanismo que actuó socialmente como sistema protector (al asumir la muerte en un plano de grupo) e ilusión de perennidad, mitigando así el dolor por la pérdida de un ser querido. Ver también: Ariès, Philippe. *El hombre ante la muerte*. Primera edición. Madrid: Taurus Ediciones S.A., 1983, p. 392. Di Nola, Alfonso Maria. *La muerte derrotada: antropología de la muerte y el duelo*. Barcelona: Belacqva, 2007. (Edición original: *La morte trionfata. Antropologia del lutto e La nera signora. Antropologia della morte*. Roma: Newton Compton, 1995), p. 66.

7 Casalino. *La muerte*. pp. 365, 382. Ver también: Zapata Velasco, Antonio. “Notas para la historia de la muerte en el Perú. El debate sobre los cementerios en las páginas del Mercurio Peruano, 1792”. Lima. Revista Pretextos. 2.(1991), p. 102. Morales Gamarra, Ricardo y Zubarburú Montoya, Isidora. “Los cementerios y los ancestros republicanos”. En: Millones, Luis / Kapsoli, Wilfredo. *La memoria de los ancestros*. (Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma, 2001) pp. 131, 132.

de comprender cómo concebían la muerte ajena los limeños en los tiempos alboreales del romanticismo. Se comenzará con una explicación de cómo se desarrolló el movimiento romántico entre los lectores limeños hacia fines de la década de 1840, lo que permitirá comprender luego su relación con las manifestaciones públicas de añoranza y la exaltación de la muerte a través de los diarios.

La irrupción del romanticismo literario en Lima.

El romanticismo se originó en Europa a finales del siglo XVIII, para luego expandirse por toda Hispanoamérica durante la primera mitad del siglo XIX. El movimiento se caracterizó primordialmente por “la preeminencia del yo y el mundo subjetivo del autor frente a la realidad objetiva; enarbolando el ideal de la libertad individual con una fuerte tendencia al pesimismo”⁸. En el campo literario, sus primeras manifestaciones nos remiten al año de 1770, cuando un grupo de escritores que se hacía llamar a sí mismo *Sturm un drang* (tormenta e ímpetu) surgió en Alemania con “la voluntad de renovar la vida cultural y artística y liberarla de los cánones impuestos por el Neoclasicismo”⁹.

En el continente americano el movimiento irrumpió durante la tercera década del siglo XIX estableciéndose primero en el Río de la Plata, bajo el influjo del poeta Esteban Echevarría, para luego difundirse de manera vertiginosa por el resto de países, logrando convertirse hacia la mitad del mismo siglo en una fuerza dominante en todo el continente. En su largo trayecto en territorio americano, el romanticismo tuvo el tiempo necesario para “evolucionar, metamorfosearse e integrarse con otras tradiciones (como la costumbrista) que se mantenían paralelamente”¹⁰.

8 Carrillo, Sonia Luz. “José Arnaldo Márquez José Arnaldo Márquez y la generación romántica”. En: *Letras*, 78, N°113. Revista Letras de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM. (2007) p. 118.

9 Carrillo . La generación.p. 119.

10 Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana*. (Madrid: Alianza Editorial,

En lo que se refiere al caso peruano, la mayoría de especialistas coinciden en señalar, al igual que el crítico literario José Miguel Oviedo, que “el romanticismo fue tardío y endeble”¹¹. En efecto, una experiencia tardía si tomamos en consideración que hacia fines de la década del cuarenta, específicamente entre 1848 y 1851 era todavía un movimiento vago e indefinido, aunque de crecimiento constante a partir de la década del cincuenta en adelante¹². De otro lado, también un movimiento endeble, si consideramos que debido a su misma vaguedad careció de una verdadera poética, al punto de ser catalogado por Ricardo Silva Santisteban como “un pobre reflejo del ya pobre romanticismo español”¹³. Por este doble carácter (tardío y endeble), que hizo del romanticismo peruano un movimiento sin mayor resonancia y alcance¹⁴, existe una suerte de común acuerdo entre los especialistas a considerar que, con la excepción de la obra de Ricardo Palma, casi toda la producción literaria de medio siglo bien podría permanecer en el olvido, motivo por el cual investigadores nacionales y extranjeros le han prestado poca atención al movimiento romántico desarrollado en el país. Nuestro interés histórico, en cambio, más allá de la valoración estética de la producción de los románticos en el país, se ha preocupado en reconocer lo que los sectores letrados consumieron del romanticismo europeo, ya sea a través de lo que expendían las librerías limeñas o de la puesta en escena de obras de teatro.

Ahora bien, una primera mirada a la producción literaria de los años posteriores a la independencia permite constatar la influencia que en esta ejerció la presencia del gaditano José Joaquín de Mora quien, a pesar de su clasicismo, se

2001) pp. 67, 68.

11 Oviedo. *Historia de la Literatura* p. 117.

12 Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú. 1822 – 1933*. Séptima edición. Tomo IV. (Lima: Editorial Universitaria, 1983) p. 342.

13 Silva Santisteban, Ricardo. *Poesía peruana. De la conquista al modernismo*. T. II, (Lima: Edubanco, 1984) p.18.

14 García Barrón, Carlos. “Estudio preliminar”. En: Velarde, Fernando. *Las flores del desierto*. (Lima: PUCP. Fondo Editorial, 1982) p. 42.

dejó seducir por el romanticismo histórico y subjetivo. Por aquellos años, entonces de amplio dominio romántico en el continente, se hizo cada vez más evidente en el Perú la influencia de poetas de la talla de Byron, al punto que en un momento determinado todos parecían rendirse ante la nueva escuela. De modo que, según explica Riva Agüero, “ya en 1843, el tono confidencial revelaba en José Pardo un flanco emotivo que siempre había ocultado; el mismo Manuel Ascencio Segura, tan ajeno a las modas literarias, se dejaba arrastrar por el naciente romanticismo”¹⁵.

De este modo, desde principios de la década del cuarenta es posible comprobar en Lima el acceso de los lectores a los románticos europeos mejor consagrados. Así, desde 1843, ya se podía disponer, en las distintas librerías limeñas, de obras de escritores como José de Espronceda, José Zorrilla, Gabriel García Tassara, Enrique Gil, Víctor Hugo, Alphonse de Lamartine, Lord Byron, Giacomo Leopardi y otros románticos¹⁶. El propio Palma apuntaba en su *Bohemia* que su generación había sido gran consumidora de las obras de Zorrilla, Espronceda y Campoamor, nombres a los que agrega los de Lamartine, Byron y Leopardi¹⁷.

Paralelamente, el teatro también vio la luz con la puesta en escena de obras de escritores románticos, tanto europeos como nacionales. Así, por ejemplo, el *Zapatero y el Rey*, de Zorrilla, se estrenó en Lima, el 14 de agosto de 1842,¹⁸ mientras que algunos años después, Manuel Nicolás Corpancho presentaba *El poeta cruzado*, de forma e inspiración absolutamente zorrillesca¹⁹. El drama de Corpancho se estrenó

15 Riva Agüero, J. de la, *El Perú histórico y artístico*, Santander, 1921, pp. 164 y 165. Citado por Sánchez, Luis Alberto. *La literatura peruana. Historia para un derrotero*. (Lima: Emisa, 1989) Vol. 3, p. 1225.

16 Varillas, Alberto. *La iniciación del movimiento romántico peruano: una relectura de La Bohemia de mi tiempo*. En: *Aula Palma* 3 (2002-2003), p. 121.

17 Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú. 1822 – 1933*. Séptima edición. Tomo IV. (Lima: Editorial Universitaria, 1983) p. 342.

18 Gálvez Barrenechea, José. *Nuestra pequeña historia*. (Lima: UNMSM, 1966) p. 95.

19 Sánchez, Luis Alberto. *La literatura*. p. 1264.

en Lima, el 21 de enero de 1851, en la función de beneficio del autor Pelayo Azcona²⁰.

De otro lado, es importante señalar que las novelas de folletín, publicadas a través de los diarios limeños, cumplieron también un papel relevante en la difusión del movimiento. Tal como señala Ramón Máiz, desde la década de 1840 los folletines aparecen en los periódicos más importantes del continente, de manera que “varios periódicos hacia la mitad del siglo ofrecían a sus lectores copias de novelas ‘originales’ como modo de captar suscriptores.”²¹ En el caso limeño, a partir de mediados de la década de 1840, hemos podido registrar la publicación de diversas novelas de folletín a través de los diarios, tal como se puede constatar con la aparición en *El Comercio* de la novela del romántico francés Eugene Sué, *Los misterios de Paris*, recibida con gran entusiasmo por los lectores limeños²². De la misma manera, también por aquellos años, *El Comercio* inició la publicación de la novela de Narciso Aréstegui, *El Padre Horán (Escenas de la vida del Cuzco)*²³ que terminó de publicarse a fines de 1848. La obra de Aréstegui relata la historia del crimen cometido por el fraile Eugenio Oroz quien, en un rapto de pasión y celos, asesinó a su expenitente, la joven Ángela Barreda. La novela ha sido considerada por más de un especialista, como el punto de partida de una etapa en la que se dará rienda suelta al sentimiento, vale decir, como el periodo auroral o de la iniciación del romanticismo en el Perú²⁴.

Sin embargo, a pesar de la atención que le han prestado dichos autores al año 1848, no existe un consenso general entre los especialistas en torno al debut formal del romanticismo en el país. Todo parece indicar que la fecha habría sido fijada

20 Gálvez Barrenechea, José. *Nuestra*. p. 95.

21 Máiz Suárez, Ramón (Comp.) *Nación y Literatura en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007). p. 90

22 Gálvez. *Nuestra*. p. 56.

23 Gálvez. *Nuestra* p. 62.

24 Sánchez. *La literatura*. pp. 1226, 1230. Ver también: Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú. 1822 – 1933*. Séptima edición. Tomo IV. (Lima: Editorial Universitaria, 1983) p. 341.

tempranamente por uno de los integrantes más emblemáticos del mismo movimiento: Ricardo Palma, quien en su conocida obra *La bohemia de mi tiempo* sentenció que “de 1848 a 1860 se desarrolló, en el Perú, la filoxera literaria, o sea pasión febril por la literatura”²⁵. En adelante, la historiografía literaria se basó en las aseveraciones de Palma para mantener el año 1848 como el de iniciación del movimiento romántico en el Perú²⁶; no obstante, la fecha no ha estado exenta de cuestionamientos, dejando abierta la posibilidad de revisión por los especialistas. Así, por ejemplo, en un conocido estudio sobre el fracaso del romanticismo en el Perú, José Miguel Oviedo²⁷ propone la noche del estreno (el 21 de enero de 1851) de *El Poeta cruzado* de Manuel Nicolás Corpancho (entonces de dieciocho años), como el debut del romanticismo en Lima.

En todo caso, lo que sí parece claro, es que a partir de mediados de la década de 1840 en adelante, el romanticismo se adueñó de los espíritus juveniles de los limeños, según expresiones del propio Ricardo Palma;

“El romanticismo que, por entonces, se había adueñado de los espíritus juveniles. ¡Ah! Los románticos de 1845 a 1860, en América, fuimos verdaderos neuróticos por lo revesado y contradictorio de nuestros ideales, reflejados en versos, ora henchidos de misticismo ampuloso y de candor pueril, ora rebosando duda cruel o desesperanza abrumadora”²⁸.

Ahora bien, en la formación de esta generación romántica fue gravitante la presencia del poeta español Fernando Velarde, quien arribó al Perú en los primeros meses de 1846 y al que Palma le confirió gran influencia en el movimiento literario iniciado en Lima por aquellos años. De intensa actividad en la capital peruana, poco después de su llegada, Velarde dirige el seminario *El Talismán* y, a principios

25 Palma, Ricardo. *La Bohemia de mi tiempo*. (Lima: Hora del Hombre, 1948).

26 Varillas, Alberto. *La iniciación*. pp. 104, 106.

27 Oviedo, José Miguel. *El fracaso de la Escuela Romántica en el Perú*. Tesis para optar el grado de Doctor en Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. 1961. Edición mecanografiada, p.132. Citado por Varillas, *La iniciación*, p. 205.

28 *Poesías completas de Ricardo Palma*. (Buenos Aires: Casa Editorial Maucci Hermanos, 1911) p. 5.

de 1848, publica el poemario *Las flores del desierto*, conformado casi en su totalidad por composiciones escritas antes de su llegada al Perú²⁹. En *Las Flores del Desierto* que, dicho sea de paso, también apareció bajo formato de folletín a través de *El Comercio*, Velarde revela su carácter romántico tal como evidencian la melancolía y el lamento de sus versos, donde también se ocupa del tema de la muerte.

El arribo de Velarde a Lima no pudo haber sido en un mejor momento; cuando este llega se encuentra con un grupo de jóvenes poetas que luego serían parte de la Bohemia de Palma y que, por aquel entonces, venían leyendo a los románticos europeos y publicando sus primeros versos en los periódicos capitalinos. De este modo, el romanticismo empezó a tomar forma en el Perú³⁰. Pronto, jóvenes como Trinidad Fernández, Numa Pompilio Llona, Ricardo Palma, Luis Benjamín Cisneros y José Arnaldo Márquez, siguieron las huellas del recién llegado, “tanta amargura, tan reiterada melancolía, esa insistencia en el pesimismo deslumbraba a los sitibundos adolescentes que iban a construir la *bohemia de mi tiempo*”³¹.

En suma, si bien no existe un acuerdo común acerca de la iniciación del romanticismo en el Perú, es evidente que desde mediados de la década de 1840 la preferencia de los lectores limeños por los románticos europeos era latente, al tiempo que se iniciaba en la capital la publicación de diversos trabajos influenciados de la misma impronta. A este respecto, 1848 representa un año simbólico para el despegue del movimiento en Lima, debido a la publicación del ya mencionado poemario *Las Flores del desierto*, y del drama de Narciso Aréstegui, *El Padre Horán*.

De otro lado, hemos podido constatar que en lo que respecta al estudio del romanticismo peruano, ha prevalecido una marcada tendencia de los especialistas

29 Varillas. *La iniciación*. pp. 106, 113.

30 García. *Estudio*. p. 41.

31 Sánchez. *La literatura*. p. 1243.

a considerar que se trató de un movimiento tardío y prácticamente irrelevante, con pocas excepciones (la obra de Palma principalmente). No obstante esta última apreciación, consideramos que, en general, hasta el momento se ha desmerecido o soslayado la producción narrativa y poética que utilizó la prensa escrita limeña como vitrina expositiva. Esta situación se ha debido, en parte, a la función circunstancial del diario en comparación a la del libro; circunstancia que, por supuesto, no se convirtió en impedimento para que algunos escritores y poetas, iniciados en la prensa escrita, lograsen cruzar el umbral a lo perezoso como el propio Palma, Márquez, Llona, entre otros.

Ahora bien, al margen del valor estético de la producción romántica en el país, no podemos negar la influencia que tuvo el movimiento entre los lectores limeños desde fines de la década del cuarenta, ya sea a través de las novelas que expendían las librerías o los diarios en forma de folletín y la puesta en escena de obras de teatro. El movimiento tuvo importantes repercusiones en la sociedad limeña del periodo estudiado, propiciando la aparición de “nuevos gustos y de una nueva sensibilidad que, a su vez, implicó una distinta expresión de los sentimientos. Los románticos peruanos expresaron, el culto al amor idealista y al dolor; la angustia ante la vida, la muerte, Dios, el destino y el alma”³². Inspirados por la muerte, uno de sus temas predilectos, llenaron páginas enteras de diarios como *La Bolsa* o *El Comercio* con su exuberante producción lírica. Bajo esta consideración, no podemos dejar de preguntarnos, ¿cómo concibieron la muerte los románticos limeños?

La muerte en Lima a través de la prensa escrita

Hacia mediados del siglo que nos ocupa, los diarios limeños experimentaron un crecimiento considerable con relación a la publicación de necrologías y coronas

32 Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú. 1822 – 1933*. Séptima edición. Tomo IV. (Lima: Editorial Universitaria, 1983) p. 342.

fúnebres (en verso y prosa) en las que se hacía alusión a la muerte de algún particular. Los primeros estudios que abordaron este fenómeno, lograron identificar que las referencias a la muerte de personajes notables en los periódicos limeños del siglo XIX fueron abundantes, “aunque limitadas a personajes políticos, militares o miembros de la clase propietaria, eminentes por su riqueza o sus relaciones sociales”³³. No obstante esta primera impresión, demostraremos que a lo largo del mismo siglo, el empleo de las necrologías como medio para hacer partícipe a los demás el pesar por la pérdida de un familiar o amigo, se volvió de uso común entre las elites limeñas. De manera que, si bien, hacia fines de 1850 es común encontrar en los periódicos limeños una o más necrologías y coronas fúnebres dedicadas a la muerte de algún particular en un mismo día, comportamientos de este tipo habían estado mucho más restringidos a personajes públicos o de gran reconocimiento (con pocas excepciones), a inicios del periodo de estudio. Así, de las escasas referencias necrológicas que existen en los periódicos limeños a inicios de este periodo, hemos logrado registrar la publicación de una extensa nota conmemorando el primer año del fallecimiento de José de La Mar³⁴, así como una crónica reseñando las honras fúnebres que tuvieron lugar en Lima, con motivo de cumplirse un año más de la muerte de Simón Bolívar³⁵ y un “recuerdo fúnebre y doloroso” a la memoria del mismo personaje³⁶. A partir de entonces las publicaciones se limitan esporádicamente y sin ninguna regularidad a hacer mención del fallecimiento de algunos personajes públicos, militares y bien acomodados. Nada comparable con el apogeo de necrologías y coronas fúnebres que habría de experimentar la ciudad hacia mediados del mismo siglo.

33 Tamayo Herrera, José. *La muerte en Lima 1780 – 1990*. Lima. Universidad de Lima. Facultad de Ciencias Humanas, 2007, p. 45.

34 El Conciliador *Lima*, 16 de marzo de 1831.

35 El Conciliador *Lima*, 26 de marzo de 1831; El Conciliador *Lima*, 6 de abril de 1831.

36 El Penitente *Lima*, 17 de diciembre de 1832.

Ahora bien, las necrologías cumplieron un papel determinante al interior de la sociedad limeña de esta época, al permitir que las familias pudieran asumir la muerte en el plano de grupo³⁷ como una forma de atenuar el dolor ante la muerte de un ser querido mediante el recuerdo, fijado por una oportuna necrología publicada en un diario capitalino. Del mismo modo, al mostrar públicamente a través de la prensa escrita (espacio abierto y moderno) lo que una determinada persona realizó, se exhibían verdaderas lecciones de vida que propiciaron a la postre la construcción de modelos de buenas costumbres y ciudadanía, de gran utilidad para la sociedad de la época³⁸.

La seducción de los limeños por exhibir las virtudes de sus muertos a través de los diarios fue descrita plenamente por el célebre periodista y escritor Manuel Atanasio Fuentes en una de sus conocidas crónicas sobre las costumbres limeñas del siglo XIX. Atanasio Fuentes critica con dureza, y no sin algo de ironía, el lisonjero reconocimiento que la sociedad de su tiempo le brindaba a los muertos a través de las necrologías. El uso de la necrología como herramienta de vindicación moral constituía entonces una práctica bastante extendida entre los limeños tal como sugiere el siguiente fragmento;

“Nadie es malo después de muerto; esta es una verdad como un templo, porque la muerte quita al hombre la potencia de seguir siendo lo que haya sido; pero no es esta sola la causa; pocos hombres se van de este mundo sin dejar una persona que los haya amado, y aun aquel que no tuvo la fortuna de ser muy querido durante su vida, si deja una buena ó regular testamentaria, deja también la base de una buena fama póstuma. [...] Sin embargo, en ninguna parte son los muertos más felices que en Lima; no solo oprime á muchos una loza que recuerda las virtudes con que los adornó la mano del lapidario, sino que el Comercio registra por cuatro ó seis semanas sentidas necrologías, escritas con todo el ardor que inspiran la amistad ó el deseo de ostentar la elegancia y facundia del escritor. Nadie muere en Lima con el desconsuelo de que le faltará necrologista, á no ser que pertenezca á muy humilde situación social”³⁹

37 Thomas, Louis-Vincent. *Antropología...*, *Óp. Cit.*, p. 50.

38 Casalino Sen, Carlota. *Los héroes patrios y la construcción del Estado-nación en el Perú (siglos XIX y XX)*. (Tesis para optar el grado de doctor en historia en la UNMSM. Lima, 2008) p. 134.

39 Fuentes, Manuel Atanasio. *Lima: apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. (Lima: Banco Industrial del Perú. Fondo del Libro, 1988) p. 136.

La descripción que nos brinda Atanasio Fuentes en su crónica es de gran utilidad para comprender que, en principio, prevaleció entre los limeños el reconocimiento postrero a sus muertos (con pocas excepciones) y, en segundo lugar, que homenajes de este tipo se inclinaron mayormente a la construcción de una buena fama póstuma, basados sobre todo en cuestiones afectivas o intereses particulares. De ahí que más de un redactor, no dudara en poner al descubierto el uso ordinario de la falsedad para homenajear a los muertos, tal como se puede apreciar en la editorial del 17 de julio de 1830 de *El Conciliador*, a la sazón, el diario oficial del gobierno peruano, en la que se señala que,

“Es indudablemente indecoroso para el gobierno, emplear el periódico que sirve de órgano de sus sentimientos en prodigar elogios a cualquiera de sus individuos: *elogios que casi siempre se creen arrancados por la adulación, y a los cuales pocas veces quiere poner el público el sello de su crédito*⁴⁰”. [cursiva del autor]

Situaciones de este tipo promovieron también entre los necrologistas un estilo mucho más recatado al momento de escribir y referirse a los méritos y virtudes que distinguieron a los fallecidos. En estos casos, que definitivamente son los menos, el elogio y la artificiosa adulación eran reemplazados por un protocolo mucho más decoroso e interesado en compartir públicamente un profundo respeto a la memoria del fallecido, así como un profundo dolor provocado por la muerte de este; fórmula que se puede apreciar en el siguiente fragmento que extraemos de una necrología publicada por *El Comercio*;

“Reseñaríamos el mérito y virtudes que tanto la han distinguido si no creyéramos que alguno de sus deudos llenarán este deber mejor que nosotros; nos limitamos, únicamente a manifestar un justo tributo de respeto a su memoria, y de pesar por el sentimiento que nos causa una familia huérfana que pierde tan buena madre”⁴¹.

40 *El Conciliador Lima, 17 de julio de 1830.*

41 *El Comercio Lima, 17 de octubre de 1842.* (Biblioteca del Instituto Riva Agüero, Biblioteca Nacional del Perú).

Ahora bien, es importante anotar cómo la sociedad limeña del periodo de estudio reconoció en las necrologías una función social basada en la proyección de patrones de vida, al ocuparse de la memoria de aquellas personas que provocaron la admiración del mundo con sus proezas. Esta fue la convicción con la que se escribió la extensa necrología en memoria de D. Manuel Santiago Castillo, fallecido en marzo de 1846, a los treinta y tres años;

“Aunque la necrología debe ocuparse mas bien de la memoria de un mortal que lleno el mundo de admiración con sus proezas en esta vez ella nos servirá únicamente para dar ensanche a nuestro oprimido corazón y renovar nuestro llanto por la prematura muerte de un hermano querido”⁴².

Del mismo modo, las necrologías desempeñaron un rol significativo en cuanto a demostración de status, el afianzamiento de relaciones de amistad y el respeto a la memoria de los muertos. De manera que, toda necrología fue en el fondo una prueba de compasión, gratitud, amistad y reconocimiento;

“Aunque agotadas mis lagrimas por el infortunio, aun me queda sensibilidad donde brota una siquiera que, unidas con las vuestras sea un testimonio elocuente de gratitud.

Aceptad este lijero recuerdo como una prueba de amistad y reconocimiento.

Solo os pido que, sobre el sepulcro de vuestro padre, derramáis algunas flores a nombre de I. N. A.”⁴³.

Con esta misma presunción fue escrito el “Recuerdo a la sentida muerte de la Señora Doña Josefa Potts de Apont”, del que reproducimos los siguientes fragmentos;

“No es un mero acto de cortesía, ni un cumplimento de los que impone la buena sociedad el que mueve en este instante mi pluma –es el profundo sentimiento, es el dolor el que me impele a dedicar a mi querida amiga estos tristes caracteres no obstante mi repugnancia por azucar una herida tan reciente y que indudablemente ha desgarrado el corazón de su señora madre y hermanos.”⁴⁴.

42 El Comercio *Lima*, 8 de abril de 1846.

43 El Comercio *Lima*, 10 de setiembre de 1846.

44 El Comercio *Lima*, 25 de enero de 1860.

En este sentido, tal como se puede apreciar, el dolor ante la muerte de un ser querido, amigo o conocido, no fue ajeno a las necrologías. Por este motivo, no ha de llamar nuestra atención que muchas veces cumpliera una función social mucho más compleja, puesto que a la exposición de méritos y virtudes (sobredimensionados en su mayoría), sobrevino también una variedad de manifestaciones públicas de dolor debido a la separación física que suponía la muerte. De ahí que fueran las muertes inesperadas las más lloradas, motivando a su vez la aparición de diversas publicaciones en los diarios. Al respecto, consideramos que la necrología de la Señora Da. María Rosa de la Piedra y Lequerica, que a continuación reproducimos parcialmente, reúne adecuadamente cada una de las características que hasta el momento venimos explicando;

“Aun no recobrados de la dolorosa sorpresa que nos ha causado la inesperada muerte de la Sa. Da. María Rosa de la Piedra y Lequerica tomamos la pluma para dedicar a su memoria estas pocas líneas, como ultimo testimonio de la cordial y sincera amistad que la hemos profesado. Aquí nada encontrara agradable el literato, el orador ni el curioso; pues sin la elocuencia necesaria para vestir un discurso, solo es este la amarga espresion de nuestro dolor, que únicamente hallara eco en los corazones sensibles. Bastante conocida en esta capital la respetable y virtuosa Sra. cuyo fin deploramos, parece que después de haberla nombrado, un doloroso silencio sería el mas elocuente rasgo que pudiera formarse de las bellas prendas y relevantes cualidades con que el Criador adornó su alma, y que hemos admirado particularmente los que fuimos honrados con su amistad. No haremos pues un largo panejirico de sus virtudes, sino diremos solamente que fue hija respetuosa, esposa fiel y tierna madre que dotada de un corazón benefico y compasivo jamas pudo ver indiferente los males de sus semejantes; que con un alma noble, generosa y grande se dedico en su viudez a hacer la futura felicidad de sus hijos, dándoles una moral y esmerada educación, y desplegando una actividad y enerjia poco comunes en el bello sexo. [...] El Señor que ha sido servido de llamarla a sí, le habrá dado (no lo dudamos) el galardón debido a sus virtudes en la mansión de los justos.

Sobre el profundo pesar que tan irreparable pérdida nos ha causado, nos desgarran el corazón el aflictivo cuadro de su desolada familia, inconsolable en la triste horfandad a que a quedado reducida cuando menos lo esperaba, y cuando ni la edad, ni la constitución ni el estado de salud de dicha Sra. amenazaban tan funesto acontecimiento. Derrame el Señor en aquella resignación y el consuelo de que tanto necesita, y que a nuestra digna y buena amiga el descanso y felicidad eterna destinada a los que practican las virtudes y guardan sus mandamientos⁴⁵.

45 El Comercio *Lima*, 12 de diciembre de 1844.

En la necrología de María Rosa de la Piedra y Lequerica están presentes tres aspectos importantes de resaltar. En primer lugar, llama la atención el empeño del redactor por testimoniar públicamente la cordial y sincera amistad que le unía a la finada, lo que es una clara muestra de la importancia de la necrología como una forma de reafirmar lazos de amistad. En segunda instancia, resulta contradictorio que tras revelar su intención por no hacer un largo panegírico de las virtudes de la finada, enseguida proceda a caracterizarla como *“hija respetuosa, esposa fiel y tierna madre, de corazón benéfico y compasivo, de alma noble, generosa y grande, y de una actividad y energía poco comunes en el bello sexo”*. De modo que, a pesar de proponérselo, el redactor es incapaz de abandonar la fórmula recurrente entre los necrologistas del periodo de estudio, adepta a la construcción de la buena fama póstuma que pocos estaban dispuestos a firmar con su nombre. Por último, el redactor expresa su amargura y dolor ante la pérdida, invocando resignación y consuelo para la familia, consciente que el descanso y felicidad eterna están reservados para todos aquellos que, al igual que la señora De la Piedra y Lequerica, practicaron en vida las virtudes y mandamientos del Señor.

En suma, podemos afirmar que las necrologías publicadas en los diarios limeños durante el periodo de estudio, nos ofrecen algo más que una simple biografía postmortem de los personajes más notables de la ciudad. Su notable proliferación entre las elites limeñas hacia fines de 1850, promovida principalmente por la singularización de los muertos depositados ahora en espacios definidos, así como por los nuevos valores que introdujo el romanticismo por aquellos años, permitió a las familias asumir la muerte en el plano de grupo, mitigando así el dolor que suponía la pérdida de un ser querido. Esta forma de exhibición pública de su dolor, les permitió, a su vez, reafirmar su condición de status y afianzar relaciones de amistad en distintas direcciones. De otro lado, el recuerdo de las virtudes y el olvido de los vicios que constituyó la buena fama póstuma de los limeños, que precisamente cuestionaba

Atanasio Fuentes, proporcionó a la ciudadanía lecciones de vida que propiciaron a la postre la construcción de modelos de buenas costumbres de civismo y cristiandad.

Disertaciones en torno a la muerte: ¿qué es el morir?

Un testimonio importante proporcionado por las necrologías, coronas fúnebres y epitafios que aparecen en este periodo, constituye la representación de la muerte en el plano social⁴⁶. Según hemos podido comprobar, en las primeras décadas posteriores a 1830, prevalece entre los limeños una tendencia a concebir la muerte como parte de un ordenamiento natural, regulado y establecido por las *leyes inflexibles de la naturaleza*. Esta es la descripción que se desprende de la necrología del capitán graduado de Sargento Mayor Don Luis Labraque, publicada a fines de 1842 en *El Comercio* por “Unos amantes de la gloria de su pueblo”, de la que extraemos el siguiente fragmento;

“Las leyes inflexibles de la naturaleza condenan al hombre á morir, desde el mismo instante en que recibe de ellas la existencia. Nada es, pues, eterno en la tierra; todo viviente desaparece con el tiempo, y ninguno puede sacudirse de la semilla de destrucción que carcome su ser mientras vive, y lo reduce á la nada cuando muere. Las generaciones se suceden unas á otras, dando las primeras con su aniquilamiento, un lugar á las subsecuentes para que se coloquen en la tierra. Este es el círculo eterno descrito por dedo del Omnipotente⁴⁷”

No obstante, a pesar de la certeza de esta regulación, la sociedad no siempre estuvo de acuerdo o preparada para aceptar la inapelable resolución de la muerte. Por tanto la visión que se tiene de la muerte es la de una condena, una fuerza arrolladora que con su saña *todo lo destruye, todo lo aniquila*, erradicando de la faz de la tierra lo mejor y *lo más hermoso de las sociedades*. En este sentido, prevalece en la sociedad limeña un marcado sentido de injusticia o desazón ante la resolución de la muerte

46 Siguiendo la propuesta de Louis-Vincent Thomas quien propone que “la muerte despierta en el plano de la conciencia individual y grupal, conjuntos complejos de representaciones y provoca comportamientos de las masas”. Thomas, Louis-Vincent. *Antropología*. p. 52.

47 *El Comercio Lima*, 7 de noviembre de 1842.

y su determinación a respetar, sin excepción, *las leyes invariables de la naturaleza*. Esta es la interesante reflexión que aparece en la necrología de Doña María de la Concepción Puntriano, firmada por “Unos amigos” y de la que reproducimos el siguiente fragmento;

“Si el ser humano no estuviera sujeto a las leyes invariables de la naturaleza: si esta respetase en sus derechos y disposiciones, lo que acata y respeta la sociedad entera, y si las virtudes y talentos pudieran servir de obstáculo para que se embotasen los agudos filos de aquellos terribles fallos; es incuestionable que el mundo entero encerraría en su seno eternamente objetos los más amados, ora por su saber, ora por sus virtudes. Pero aquellas desoladoras leyes administradas por el cruel ‘destino’ todo lo destruyen, todo lo aniquilan, vanagloriándose la terrible ‘Átropos’ en segar lo más nuevo, lo más hermoso de las sociedades”⁴⁸

Al respecto, una forma de compensar la indefectible resolución de la muerte, se basó en la esperanza de una existencia prolongada, como justiprecio a una vida consagrada a los valores cristianos y como consuelo de sus semejantes. Sin embargo, todo parece indicar que, por el contrario, la sociedad limeña percibía un funcionamiento muy distinto en el que, paradójicamente; *el frío egoísta, el ruin, avaro, suelen prolongar su vida sobre la tierra*, tal como se puede apreciar en el siguiente extracto de la necrología “A la buena memoria de la Sra. Doña Angela Fernandez Cornejo”;

“Los seres benévolos a quienes Dios ha dotado de un corazón sensible y altamente humanitario, ya que no puede eximirse de la ley general, que todo lo que nace, crece, y perece, deberían tener al menos una existencia dilatada, para consuelo de sus semejantes.

El frío egoísta, el ruin, avaro, suelen prolongar su vida, una vida arida, sin fruto alguno para el jenero humano, y cuando llega su termino, véseles partir sin que una lágrima riegue sus codiciosas manos y lleve algún refrijerio a su calcinado corazón: sin que un gemido les dé á entender en su agonía, que hay quien sienta pesar por su postrera despedida”⁴⁹.

Con el mismo tenor fue escrita la necrología “*A la memoria del Teniente Pineda*” que reproducimos parcialmente a continuación, recordándonos las injusticias de las

48 El Comercio *Lima*, 4 de enero de 1851.

49 El Comercio *Lima*, 22 de setiembre de 1848.

leyes invariables de la naturaleza;

“¿Qué es que ha quedado a sus amigos acaso para mas terribles tormentos? Este joven en la edad de las esperanzas y de los gozes, es arrebatado por la Parca en un momento, porque el orden de las cosas naturales, es siempre misterioso para todos. La virtud parece pesar mucho sobre la tierra de maldición, donde el crimen ha imperar por la fuerza, y los buenos deben morir para que vivan los malos.”⁵⁰

Sin embargo, a pesar del aparente desencanto con que la sociedad limeña percibía el ordenamiento natural de la vida y la muerte, es de notar que esta reconocía en la muerte el cumplimiento de los designios divinos y, por tanto, el premio a una vida consagrada a los valores cristianos. De este modo, dentro del pensamiento cristiano (de gran influencia en la sociedad limeña del periodo) la justicia divina tenía reservada una mejor vida para los hombres como premio a sus buenas acciones, lo que promovía entre los deudos una idea de resignación, tal como se puede apreciar en el siguiente fragmento;

“Tantas virtudes en tan pocos años el Dios justo y previsor las ha premiado ya con su cielo; el dolor ahoga nuestra voz al resignarnos en los designios del Todo – Poderoso; y la religión solo puede en parte mitigar nuestra pena, ó mejor dicho solo la idea de que nuestro amigo a pasado a mejor vida”⁵¹.

Al respecto, inciden ampliamente los epitafios grabados en las lápidas del otrora Cementerio General de Lima, en las que se puede comprobar cómo gran parte de la sociedad del periodo “murió esperando la resurrección de la carne”⁵². No obstante, esta presunción de prolongación de la vida (celestial) tras la muerte (material) no supuso que la experiencia de la muerte ajena estuviera exenta de manifestaciones de dolor. Por el contrario, las fuentes revelan en la sociedad una necesidad por desahogarse públicamente y exteriorizar su dolor ante la irreparable pérdida de un ser querido, situación que se puede apreciar en la necrología publicada con motivo del

50 El Comercio *Lima*, 16 de mayo de 1849

51 El Comercio *Lima*, 14 de julio de 1851.

52 Cementerio Presbítero Matías Maestro (CPMM). Cuartel San Lino, Fila B10. *Lima*, 21 de enero de 1858.

fallecimiento de la Sa. Da. Carmen Alcazar, esposa del señor general Eugenio Cortez y Azua, de la que reproducimos el siguiente fragmento;

“Aunque la especie humana está condenada a morir, porque sin el cumplimiento de este decreto eterno, ni la vida sería apreciable, ni podría realizarse el goze duradero de la gloria, que nos ofrece nuestra religión santa, como premio de las buenas acciones, sin embargo, para evitar el dolor que inspira la muerte de las personas queridas, el hombre nunca está preparado.

Las lagrimas ese amargo rocío que se esparce sobre la tumba, es un desahogo que exige la humanidad, y que hace brotar con violencia el amor que se profesaba a la persona que se ha despedido de nosotros para siempre.”⁵³.

En este sentido, si bien el cristianismo buscó resarcir, al menos en parte, la inequidad con que era percibida la muerte, es verdad también que no existió deudo que dejara de llorar la muerte de un familiar o amigo. El dolor ante la muerte ajena se convirtió así en un sentimiento espontáneo con la potestad para obnubilar cualquier convencimiento (racional o religioso). Esto último se debió, principalmente, a la resistencia que prevaleció entre las familias a separarse de sus seres queridos, más aún cuando la muerte sobrevenía temprana o intempestivamente, situación que reforzó su sentido de injusticia. Estos son los aspectos que se pueden percibir en la necrología de D. Gregorio Franco publicada tras su “violento fallecimiento a la flor de su edad y en presencia de toda su familia”, de la que reproducimos el siguiente fragmento;

“Todos los hombres tienen señalado el periodo de su vida; ninguno puede evitar la suerte que le está deparada; tales son las consecuencias que nos hacen sacar los principios religiosos, mas en toda criatura existe un sentimiento natural, que en la muerte de un deudo, hace acallar estas consecuencias y no venir a la memoria mas que la pérdida sufrida, y cuanto mayor sea esta, o mas dolorosa la muerte, aumentando tanto mas el dolor, hace que se turbe la razón, y que solamente se manifieste la naturaleza en toda su fuerza, pues una madre cariñosa, una esposa amante y fiel, que vean espirar a su hijo y a su esposo sufriendo las mayores angustias ¿Qué dolor no experimentarían al no poder volverlo a la vida y privarlo de los terribles padecimientos que sufrirá? Esto sucede diariamente”⁵⁴

53 El Comercio *Lima*, 22 de marzo de 1844.

54 El Comercio *Lima*, 26 de marzo de 1844.

Del mismo modo, con un tenor similar fue escrita la necrología a la memoria de Emilia Elespuru; aunque reconociendo mucho más los favores místicos que provee la fe cristiana cuando el hombre afronta la muerte de un ser querido;

“Si su razón se doblega bajo el peso de la desgracia porque la razón es una luz que se apaga en las puertas del sepulcro; se alza luego la fe cuya mística claridad le hace entrever el fin de la prueba, y el principio de la recompensa...”⁵⁵

Con esta misma percepción de la muerte, como *el fin de la prueba y el principio de la recompensa*; aunque con un sentido mucho más dramático, el joven poeta José Arnaldo Márquez, escribió hacia 1852 unos versos dedicados a la muerte de su amigo D. Manuel Tordoya. En su composición cuestiona con el desenfado propio de los románticos, el lastimero llanto derramado sobre la tumba de aquel que ya no sufre los dolores de la prueba. Nada más inconsecuente que llorar acongojadamente al que dejó tras de sí los padecimientos terrenales para vivir en la gloria celeste;

“¿Por qué llorais por el, pobres hermanas?

Y tu doliente madre ¿Por qué lloras? [...]

Id y sus restos coronad de flores

Y suspended ese afanoso llanto:

Ya para el no existen los dolores

¡Ay de nosotros que sufrimos tanto!”⁵⁶

En suma, si bien la sociedad limeña concibió la muerte como parte de un ordenamiento natural, regulado y definido por las leyes inflexibles de la naturaleza, no siempre estuvo de acuerdo o preparada para aceptar la inapelable resolución de la defunción. De manera que la visión que tuvieron los limeños de la muerte en el periodo de estudio, es la de una condena, una injusta resolución a la que ningún ser vivo ha podido ni podrá eximirse jamás. En contrapartida, el cristianismo jugó

55 El Comercio *Lima*, 21 de diciembre de 1860.

56 El Comercio *Lima*, 30 de marzo de 1852.

un papel determinante al establecer un equilibrio alterno que premiaba con la vida eterna a los justos. Dicha presunción puede que haya mitigado, al menos en parte, la aflicción familiar por la pérdida de un ser querido. Con todo, finalmente la muerte provocó diversos sentimientos entre los deudos, siendo el dolor ante la pérdida el que primó entre los dolientes. La materialización de este dolor, en cambio, fue variable en cada uno de los casos.

Muertes románticas: lo bello que es morir.

Según hemos podido apreciar, a partir del siglo XVIII se producen cambios significativos en las actitudes las sociedades ante la muerte. La experiencia de la muerte ajena suscita ahora entre los que sobreviven una serie de sentimientos ante la pérdida, exteriorizados de una manera apasionada y exagerada, como nunca antes. Esto último se produjo debido a una nueva intolerancia ante la separación que experimentó la familia, basada cada vez más en relaciones de amor y afecto. La muerte ajena, por tanto, empezó a provocar miedo entre los que sobreviven, miedo a la separación. Por ello, uno de los mecanismos sociales empleados para hacer más llevadero el dolor ante la pérdida, fue el recuerdo; es decir, la inmortalización del fallecido. El recuerdo fue posible en la medida que la construcción de los cementerios permitió la existencia de un espacio individual y definitivo para los muertos, depositados ahora en nichos, tumbas y mausoleos. Sumado a ello, el romanticismo introdujo una nueva sensibilidad que coadyuvó a la materialización de este tipo de expresiones públicas. Nació con ello un nuevo culto a los muertos, de lápidas y epitafios, hasta entonces desconocido⁵⁷.

En todo este proceso, el romanticismo también jugó un papel determinante, transformando la temible experiencia de la muerte en una belleza casi placentera.

⁵⁷ Ariès. *La muerte*. Casalino. *La muerte en Lima*. Stone, Lawrence. *El pasado y el presente*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1986) Thomas, Louis-Vincent. *Antropología de la muerte*. (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1983)

Bajo el romanticismo, la muerte se convirtió en “un mero estado transitorio, una preparación que presidía al hecho de reunirse con los seres queridos en el otro mundo”⁵⁸. Por tanto, la muerte ya no era el fin y por dura que sea la pena del superviviente, no es ni fea ni temible; es hermosa, y la muerte es bella. Por ello, no ha de llamar la atención que durante el siglo XIX “todo el mundo creyera en la continuación, tras la muerte, de las amistades de la vida.”⁵⁹

El romanticismo ocultó la muerte bajo su belleza, por lo que nunca antes morir fue tan hermoso. La muerte, interpretada ahora como separación momentánea entre los seres queridos, era también sinónimo de reencuentro con ellos en el más allá. Como señala Ariès, “tal es el primer gran cambio que se produce a finales del siglo XVIII y que llegó a ser una de las características del romanticismo: la complacencia en la idea de la muerte”⁶⁰.

Las extensas publicaciones que han conservado los periódicos limeños de la época, suscritas por acongojados familiares, amigos o simplemente conocidos de algún finado, nos permiten constatar el espíritu romántico que prevaleció en la sociedad incluso antes de 1848. Los versos encierran, entre sus líneas, melancólicas alegorías que subliman la muerte desinteresadamente. Bajo ese tenor se publicó en *El Comercio*, un día después de su fallecimiento, un extenso poema dedicado a la señora doña Manuela Ravago de Riglos. Algún allegado o familiar decidió dedicarle un poema del romántico español Juan Eugenio Hartzenbusch del que reproducimos los siguientes versos

“¿Y que es morir? ¿Que es eso que desvela
Tanto al hombre que en eterno quiere ser?
Hallar al fin la eternidad que anhela
Y un vestido prestado devolver. [...]

58 Stone. *El pasado*. p. 276.

59 Ariès. *El hombre*. pp. 392, 393.

60 Ariès. *La muerte*. p. 46.

[Muerte] Ven que tu eres la dicha, errado el nombre;
Tu haces la vida dulce de dejar,
Y tu puerto seguro das al hombre
Que errante boga por inquieto mar”⁶¹.

Gran pesar debió provocar entre sus familiares y amigos el fallecimiento de la señora doña Manuela Ravago⁶², viuda de Riglos y dueña de “una de las más famosas e interesantes tertulias literarias de la época”⁶³. Quizá por ello, no ha de llamar nuestra atención que escogieran precisamente el poema *La muerte* de Hartzenbusch para darle el último adiós, confirmando así la difusión del movimiento romántico al interior de los círculos literarios limeños del periodo en cuestión. Los periódicos, tal como señalamos anteriormente, también hicieron su parte en la difusión del movimiento entre los sectores letrados de la ciudad.

Del mismo modo, parte del éxito de la visión romántica de la muerte se debe a la extensión del cristianismo con su promesa de vida eterna. Bajo la certeza de que la muerte habría de reunirnos con el creador en la eterna morada, los poetas invocaron desde sus numerosos escritos a no temerle (evidenciando así un temor prevaleciente). Por su parte, la sociedad limeña mostró en los diarios su preocupación por vivir bajo la doctrina cristiana que dictaba el “bien vivir como garantía del bien morir”⁶⁴.

“Cual anhelabas la eternal morada,
Apacible: escucha mi plegaria,
No temas, no, la fosa funeraria,
Su paz, es de Dios, de mí, adornada.

61 El Comercio *Lima*, 17 de octubre de 1842.

62 “Sufre la sociedad de cuando en cuando con la desaparición de personas estimables, esas conmociones profundas que arrancan tantas lágrimas y producen un sentimiento jeneral; el fallecimiento de la señora doña Manuela Ravago de Riglos acaecido a las diez de la mañana de ayer”. El Comercio *Lima*, 17 de octubre de 1842.

63 Gálvez. *Nuestra*. p. 81.

64 Casalino. *La muerte*. p. 431.

Esa fe de mil virtudes
Coronada te presenta
Y celestial, bella ostenta
Al dolor y la amargura;
Que gozas alla rodeada
De verdad galardonada
*Feliz, eterna Ventura*⁶⁵ [cursiva del autor]

Esa complacencia ante la idea de la muerte que apuntaba Ariès⁶⁶, basada en la presunción de la prolongación de la vida más allá de ésta, se encuentra presente en las coronas fúnebres publicadas en los diarios limeños del periodo de estudio. En dichos versos, el dolor por la muerte (prematura e intempestiva) de algún desdichado, se confunde con la melancólica belleza característica de la poesía romántica. Del mismo modo, podemos constatar en ellos la persistencia de un sórdido anhelo por morir y aplacar el dolor por la separación que impone la muerte y reunirse con sus seres queridos en el más allá. Cada uno de estos aspectos se pueden apreciar en el siguiente “soneto improvisado”, escrito por el poeta romántico Ángel Fernando Quiroz, dedicado al fallecimiento de un niño de dos años;

“Hermosa luz de la existencia mia,
Mi amor, mi vida, manantial de gozo,
En quien mi ser se dilato amoroso,
Y en quien yo mismo con placer me via (sic);
La parca horrenda por mi estrella impía,
Al padre priva de un tesoro hermoso,
Y aunque hoy existas, caro Juan, glorioso,
Tu ausencia lloro sin cesar ni un dia;

65 El Comercio *Lima*, 1 de abril de 1848.

66 Ariès. *La muerte*. p. 46.

Imploro, anehlo, con ardor la muerte,
Nada me agrada en mi existir sombrío,
Y unirme quiero a tu dichosa suerte.⁶⁷

En esta misma línea, descubrimos que una actitud semejante provocó, esta vez en un padre, el fallecimiento de su hija de doce años de edad, tal como se podrá constatar en la siguiente elegía que reproducimos parcialmente;

“El gusto por la vida
Ya mi existencia pierde:
*Y ya no me intimida
El viaje de la muerte.*
¡Tu madre y tú en los cielos
Y yo sin poder verles....!
No.... Ya no quiero nada
En este mundo aleve,
*Pues ya no me intimida
El viaje de la muerte,*
[...]
Pues yo también me parto:
*¡O Dios! Dispon del leve
Vapor de mi existencia,
Y llevame allá breve,
Pues ya no me intimida
El viaje de la muerte.”⁶⁸. [cursiva del autor]*

En suma, el romanticismo transformó (en algunos casos) la muerte en un acontecimiento venturoso, ocultando sus pavores bajo el manto de su belleza. Esto

67 El Comercio *Lima*, 15 de abril de 1852.

68 La Bolsa *Lima*, 12 de marzo de 1842.

se debió, en buena parte, a la presunción de la prolongación de la vida después de la muerte, lo que permitió que esta dejara de ser vista como el fin definitivo de la existencia del ser humano. Estos ideales propios del romanticismo, difundidos entre las elites limeñas del periodo de estudio, tuvo importantes implicancias en las actitudes ante la muerte ajena, debido a que abría las posibilidades de reencuentro y continuación de las amistades de la vida en el más allá. No obstante, el dolor provocado por la separación física que impuso la muerte (por más bella que ésta fuera) ha quedado registrado en cada uno de los melancólicos versos que se encuentran en las coronas fúnebres publicadas en los periódicos de la época. En tal sentido, para los vivos la *muerte ajena* es también aflicción que se va mitigando en función al convencimiento de reencontrarse alguna vez con los seres que ya se han ido.

Conclusiones

El romanticismo en Lima fue creciente hacia mediados de la década de 1840, la preferencia de los lectores por los románticos europeos fue latente, al tiempo que se iniciaba en la capital la publicación de obras que fueron determinantes en el inicio generacional del movimiento en el país. El romanticismo propició la aparición de una nueva sensibilidad que implicó, a su vez, una expresión distinta de los sentimientos como el culto al dolor, la angustia ante la vida y la muerte. Para la sociedad limeña del periodo de estudio, la muerte constituyó una sentencia injusta, en la mayoría de los casos, de la que nadie podía escapar y que, además, formaba parte de un ordenamiento natural y divino. Dentro de esta visión de la muerte, el cristianismo jugó un papel determinante al establecer un equilibrio alterno que premiaba con la vida eterna a los que tuvieron un bien vivir.

La muerte ajena provocó en los limeños diversos sentimientos, siendo el dolor ante la pérdida de un familiar o amigo el que prevaleció aunque con intensidades

variables. Sentimientos de este tipo fueron expresados públicamente principalmente a través de la prensa escrita entre los que destacan necrologías, oraciones y coronas fúnebres (en prosa y verso). De este modo, desde fines de la década de 1840 prevaleció en los periódicos limeños una tendencia creciente y cada vez más extendida entre las elites de la sociedad a la publicación de necrologías y coronas fúnebres, al punto se volvió habitual que diarios como *El Comercio* dedicaran varias páginas a dichas publicaciones. Este fenómeno se produjo debido a la irrupción del romanticismo, a fines de esa misma década, que convirtió la muerte ajena en una experiencia digna de exaltación y placer, en algunos casos. Con la exaltación de la muerte, la elite limeña fue más proclive a las manifestaciones públicas, lo que potenció a su vez la publicación de necrologías, versos y poesía que revela, en este último caso, su filiación al movimiento romántico. De este modo, consideramos que a lo largo del periodo de estudio, el empleo de los diarios como medio para hacer partícipe a los demás el pesar por la pérdida de un familiar o amigo, se volvió de uso común al interior de dicho sector de la sociedad. De manera que, si bien hacia fines de 1850 es común encontrar en los periódicos limeños una o más necrologías, versos y poemas dedicados a la muerte de algún particular en un mismo día, comportamientos de este tipo habían estado mucho más restringidos a personajes públicos o de gran reconocimiento (con pocas excepciones), a inicios del periodo de estudio. Dichas manifestaciones públicas, constituyeron una forma de asumir la muerte en el plano de grupo con el objetivo de mitigar el dolor provocado por ésta. Este tipo de manifestaciones se basó en el recuerdo de las virtudes y el olvido de los defectos del fallecido, dando como resultado la construcción de una buena fama póstuma que sirvió en la construcción de modelos de lo que debía ser un buen ciudadano, principalmente cívico y cristiano.

Bibliografía

- Ariès, Philippe. *El hombre ante la muerte*. Primera edición. Madrid. Taurus Ediciones S.A. 1983
La muerte en occidente. Primera edición. Madrid. Argos Vergara. 1986
- Barriga Calle, Irma. *La experiencia de la muerte en Lima. Siglo XVII*. Revista Apuntes N° 31. Segundo semestre. Lima. Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú – Universidad del Pacífico. 1992.
- Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú. 1822 – 1933*. Séptima edición. Tomos II y IV. Lima. Editorial Universitaria. 1983
- Carrillo, Sonia Luz. *José Arnaldo Márquez y la generación romántica*. En: Letras, Vol. 78, N°113. Revista Letras de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM. 2007
- Casalino Sen, Carlota. *La muerte en Lima en el Siglo XIX: una aproximación demográfica, política, social y cultural*. Tesis para optar el grado de magister en historia en la PUCP. Lima. 1999
- _____ *Los héroes patrios y la construcción del Estado-nación en el Perú (siglos XIX y XX)*. Tesis para optar el grado de doctor en historia en la UNMSM. Lima. 2008
- Cruz de Amenábar, Isabel. *La muerte transfiguración de la vida*. Santiago de Chile. Pontificia Universidad Católica de Chile. 1998
- Di Nola, Alfonso Maria. *La muerte derrotada: antropología de la muerte y el duelo*. Barcelona: Belacqva, 2007
- Fuentes, Manuel Atanasio. *Lima: apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. Lima: Banco Industrial del Perú. Fondo del Libro. 1988
- Gálvez Barrenechea, José. *Nuestra pequeña historia*. Lima: UNMSM. 1966
- Máiz Suárez, Ramón (comp.) *Nación y Literatura en América Latina*. Prometeo Libros. Ciudad de Buenos Aires, Argentina. 2007
- Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Alianza Editorial. Vol.2. 2001
- Palma, Ricardo. *La Bohemia de mi tiempo*. Lima: Hora del Hombre, 1948. Primera edición. Lima. 1866
- Sánchez, Luis Alberto. *La literatura peruana. Historia para un derrotero*. Lima: Emisa. Vol. 3. 1989

Silva Santisteban, Ricardo. *Poesía peruana. De la conquista al modernismo*. T. II, Lima: Edubanco. 1984

Stone, Lawrence. *El pasado y el presente*. México: Fondo de Cultura Económica. 1982

Tamayo Herrera, José. *La muerte en Lima 1780 - 1990*. Lima. Universidad de Lima. Facultad de Ciencias Humanas. 1992

Thomas, Louis-Vincent. *Antropología de la muerte*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica. 1983

Varillas, Alberto. *La iniciación del movimiento romántico peruano: una relectura de La Bohemia de mi tiempo*. En: Aula Palma -- No. 3. 2002

Velarde, Fernando. *Las flores del desierto*. Lima: PUCP. Fondo Editorial. 1982

Zapata Velasco, Antonio. *Notas para la historia de la muerte en el Perú. El debate sobre los cementerios en las páginas del Mercurio Peruano, 1792*. Lima. Revista Pretextos. Año 2, N° 2. Feb. DESCO. 1991